

encratitas, los gnósticos, los marcionitas, los montanistas, valentinianos y cassianianos. En realidad, no hacían más que rendir homenaje á la verdad, mostrándose implacablemente lógicos, y enseñando, con el espíritu del cristianismo, la εγκρατεία, la continencia absoluta. Mientras que la Iglesia condenaba prudentemente como herejía todo lo que representaba un obstáculo para su política de largo alcance, San Agustín dice de los tacionitas: *Nuptias damnant, atque omnino pares eas fornicationibus aliisque corruptionibus faciunt; nec recipiunt in suum numerum conjungio utentem, sive marem sive foeminam. Nos vescuntur carnibus, easque abominantur.* Pero también los padres ortodoxos consideraban el matrimonio desde el mismo punto de vista, y predicaban la castidad perfecta, la αγνεία. San Atanasio da como razón del matrimonio: *Quia subjacemus condemnationi propatoris nostri... nam finis, a Deo praelatus, erat, nos non per nuptias et corruptionem fieri: sed transgressio mandati nuptias introduxit, propter legis violationem Adae.* Tertuliano califica el matrimonio de *genus mali inferioris, ex indulgentia ortum*, y dice: *Matrimonium et stuprum est commixtio carnis; scilicet cujus concupiscentiam dominus stupro adaequavit. Ergo, inquis, jam et primas, id est unas nuptias destruis? Nec immerito: quoniam et ipsae ex eo constant, quod est stuprum.* El mismo San Agustín admite esta doctrina con todas sus consecuencias, cuando se expresa así: *Novi quosdam, qui murmurent: quid, si inquirunt omnes velint ab omni concubitu abstinere, unde subsistet genus humanum?—Utinam omnes hoc velent! dumtaxat in caritate, de cordi puro et conscientia bona, et fide non ficta: multo citius Dei civitas compleretur, ut acceleraretur terminus mundi (de bono conjugali c. 10).* Y más adelante añade: *Non vos ab*

hoc studio, quo multos ad imitandum vos excitatis, frangat querela vanorum, qui dicunt; quomodo subsistet genus humanum si omnes fuerint continentis? Quasi propter aliud retardetur hoc seculum, nisi ut impleatur praedestinatus numerus ille sanctorum, quo citius impleto perfecto nec terminus seculi differetur (de bono viduitatis, c. 23). Se advierte también aquí que San Agustín identifica la salvación con el fin del mundo.

Los otros pasajes de las obras de San Agustín, relativos á este punto, han sido reunidos en la *Confessio Augustiniana e D. Augustini operibus compilata a Hieronymo Torrense*, 1610, bajo los epígrafes *De matrimonio, De coelibatu*, etc. En ellos se hallará la confirmación de que el antiguo y verdadero cristianismo consideraba el matrimonio como una mera concesión, que no debía tener otro fin que la procreación de hijos; y que juzgaba que la continencia absoluta era mucho más perfecta y constituía la verdadera virtud. Recomendando á los que no quieran elevarse á estas fuentes, por si les queda alguna duda acerca de esta tendencia del cristianismo, la obra de Carwer, *Ueber das Cölibatgesez*, 1832, y la de Lind, *De coelibatu Christianorum per tria priora secula*, 1839. Y no remito al lector á las opiniones de estos escritores, que son opuestas á las mías, sino á la colección de datos y citas que han reunido en sus libros, y cuya fidelidad es tanto menos sospechosa cuanto que ambos escritores son adversarios del celibato: el primero es un católico racionalista, y el segundo un protestante que habla inspirado únicamente por estas ideas.

En la primera de estas obras hallamos enunciado el resultado siguiente (vol. I, pág. 166): «La Iglesia, de conformidad con sus miras, y según puede verse en los Padres canónicos, en las instrucciones de los

sínodos, de los Papas y en innumerables escritos de católicos ortodoxos, llama á la castidad absoluta una virtud divina, celeste, angelical, y declara que para obtener la asistencia divina necesaria para esta virtud, hay que implorar con fervor á Dios. Hemos indicado ya que este precepto agustiniano fué enunciado por Canisio y en la decisión del Concilio de Trento, como un dogma eclesiástico que conserva todo su valor. Para probar que se ha mantenido igualmente hasta nuestros días como doctrina, no tenemos más que reproducir el siguiente pasaje de la revista *Le Catholique*, de Junio de 1831, que lo declara en términos categóricos: «El catolicismo considera la observación constante de la castidad, para agrandar á Dios, como la mayor virtud del hombre. Esta opinión de que la castidad perpetua es un fin absoluto que santifica y eleva al ser humano, tiene profundas raíces en la religión cristiana; está conforme con su espíritu y con su letra, como puede convencerse de ello todo católico instruido. El Concilio de Trento ha disipado todas las dudas respecto de este particular.» «..... Hablando imparcialmente, es forzoso reconocer que no sólo la doctrina expuesta por dicha Revista es esencialmente católica, sino que también los argumentos que expone deben ser completamente irrefutables para un espíritu católico, pues están sacados de las doctrinas fundamentales de la Iglesia sobre la vida y su destino.» Más adelante, en la pág. 270, sigue diciendo el autor: «Aunque San Pablo califica la prohibición del matrimonio de doctrina errónea, y aunque el autor de la epístola á los Hebreos, más judío aún que Pablo, ordena: «Que el matrimonio sea tratado por todos con honestidad, y que el lecho nupcial no tenga mancha (XIII, 4), sin embargo, no puede des-

conocerse la tendencia principal de los dos hagiógrafos. Para ambos, la virginidad es el bien supremo; el matrimonio es un mal menor, y sólo en este concepto debe ser conservado. La aspiración suprema va siempre enderezada hacia la renuncia absoluta y material. El yo debe desviarse y abstenerse de todo lo que sea placer personal y temporal.» En la pág. 288 añade: «Estamos enteramente de acuerdo con el abate Zaccaria, cuando sostiene que el celibato (no la ley del celibato) se deriva, ante todo, de las enseñanzas de Cristo y del Apóstol San Pablo.»

Lo que constantemente se opone á este principio fundamental del Cristianismo es siempre el Antiguo Testamento, con su *παντα καλαϊαν*. Esto es lo que resalta claramente en el libro III (tan importante) de los *Stromates*, de San Clemente de Alejandria, en que se combate á los herejes encratitas, citados antes, oponiéndoles continuamente el judaísmo y su historia optimista de la creación, la cual está en oposición con la tendencia del Nuevo Testamento, que es la renuncia al mundo. Mas la alianza del Nuevo Testamento con el Antiguo es en el fondo exterior, accidental y hasta forzada; el único punto por el cual la doctrina cristiana se enlaza con el último es la historia del pecado original, que existe en aquél aislada y sin aplicación ulterior.

No olvidemos que, según el mismo relato de los Evangelistas, fueron precisamente los partidarios ortodoxos del Antiguo Testamento los que ocasionaron la crucifixión del fundador de la nueva doctrina, porque sus enseñanzas estaban en contradicción con las de aquéllos. En el libro III de los *Stromates* se trasluce con singular claridad la oposición entre el teísmo optimista, de una parte, y de otra el pesimismo con

la moral ascética. Este libro va dirigido contra los gnósticos que enseñaban el pesimismo y el ascetismo, y particularmente la *εγκρατεία* (la abstinencia de todo, y particularmente del trato carnal), por lo cual les censura mucho Clemente. Se entrevé allí, que el espíritu mismo del Antiguo Testamento, está en antagonismo con el del Nuevo. Salvo el pecado original, que figura en el Antiguo Testamento como cosa excepcional, el espíritu de éste es optimista, en contraposición con el del Nuevo, que es pesimista. El mismo San Clemente recoge esta contradicción al final del capítulo XI; pero no queriendo, con buen juicio, dejarla manifestarse, la declara aparente.

Es interesante ver cómo, en su obra el Nuevo y el Antiguo Testamento chocan á cada instante, y cómo, procura conciliarlos; y frecuentemente descarta el Nuevo para atenerse al Antiguo. Al principio del capítulo III echa en cara á los Marcionitas el opinar, como Platón y Pitágoras, que la Creación es mala y formada de mala substancia, y que, por consiguiente, no conviene poblar el mundo, sino abstenerse del matrimonio. Esto escandaliza mucho á San Clemente, que aprecia y comprende mejor el Antiguo Testamento que el Nuevo. Ve en esa opinión una ingratitud palmaria, una muestra de hostilidad y una rebelión contra Aquel que creó el mundo, contra el justo demiurgo, de cuyas manos han salido los hombres y cuyas obras no quieren apreciar aquellos herejes, despojándose en su rebelión impía de los «sentimientos dictados por la naturaleza».

Al mismo tiempo, lleno de celo, no quiere dejar á los Marcionitas ni el mérito de la originalidad, y armado de su conocida erudición, les demuestra con numerosas citas que los antiguos filósofos Heráclito y

Empédocles, Pitágoras y Platón, Orfeo y Píndaro, Herodoto y Eurípides, y por añadidura la Sibila, lamentaron la desdichada condición del mundo y enseñaron, por consiguiente, el pesimismo. Pero en su entusiasmo erudito no advierte que, de este modo, ayuda á los Marcionitas, puesto que demuestra que «los mayores sabios que han existido» celebraron y enseñaron lo mismo que aquéllos. Lleno de confianza y de celo, cita las más positivas y categóricas sentencias que los antiguos dijeron sobre este asunto. Verdad es que no se deja seducir por estas cosas: en vano los sabios lamentaron las tristezas de la existencia; en vano los poetas exhalaban las quejas más desconsoladas; en vano la naturaleza y la experiencia claman contra el optimismo; todo esto no conmueve á nuestro Padre de la Iglesia, que mantiene inquebrantable su revelación judía. El demiurgo ha creado el mundo; luego es cierto *a priori* que el mundo es perfecto, cualquiera que sea su condición.

Igual es su actitud respecto al segundo punto, á la *εγκρατεία*, con la cual los Marcionitas, en su opinión, testifican su ingratitud hacia el Creador y la rebeldía con que rechazan sus dones. Pero en esto también los trágicos se adelantaron á los encratitas (con mengua de la originalidad de éstos), y dijeron lo mismo. Después de lamentar las interminables miserias de la vida, dicen, en efecto, que sería preferible no procrear hijos á perpetuar un mundo semejante. El Padre de la Iglesia sigue amontonando citas sobre este punto, y acusa á los pitagóricos de haber renunciado con dicho fin á los placeres carnales. Pero nada de esto influye sobre él, y persevera en su opinión de que, con la continencia, pecan todos contra el demiurgo al enseñar que hay que huir del matrimonio, no engendrar

hijos, no echar al mundo más desgraciados y no suministrar á la muerte nuevas víctimas.

El docto Padre de la Iglesia, cuando censura así la *εγχαρεια*, no adivinaba que, un siglo después, el celibato del clero cristiano iría introduciéndose cada vez con mayor generalidad, y que en el siglo XI sería erigido en ley, de acuerdo con el espíritu del Nuevo Testamento, espíritu que los gnósticos se asimilaron más inmediatamente y comprendieron mejor que San Clemente, más judío que cristiano. El pensamiento de los gnósticos resalta claramente al principio del capítulo XI en la cita de un pasaje del Evangelio de los Egipcios: *Aiunt enim dixisse Salvatorem: veni ad dissolvendum opera feminae: feminae quidam cupiditatis; opera autem generationis et interitum*. Todavía se descubre más particularmente este pensamiento al final del capítulo XIII y al principio del XIV.

Hay que confesar, sin embargo, que como la Iglesia tenía que establecer una religión que pudiese sostenerse en el mundo y entre los hombres, tales como son, no podía declararlos herejes. Al final del capítulo VII, nuestro Padre de la Iglesia establece un paralelo entre el ascetismo indo (que considera malo) y el cristiano-judaico. En este paralelo aparece bien claramente la diferencia de miras que existe entre ambas religiones. En el judaísmo y el cristianismo todo viene á parar en la obediencia ó desobediencia á Dios, cuyas criaturas somos (*nobis qui ab Omnipotentis voluntate efficti sumus*). Luego, como segundo deber, viene el de servir al Señor, alabar sus obras y darle gracias. Esto se diferencia grandemente del brahmanismo y del budhismo; según el último, el hombre no puede enmendarse, convertirse ni esperar la salvación en este mundo de dolor, en este Sansara, como

no se haya asimilado las cuatro verdades fundamentales: 1.^a, *dolor*; 2.^a, *doloris ortus*; 3.^a, *doloris interitus*; 4.^a, *octo partita via ad doloris sedationem* (*Dammadam*, edición Fausböll, páginas 35 y 347). Se puede ver el comentario de estos cuatro principios en la *Introducción á la historia del budhismo indio*, de Burnouf, pág. 629, y en los demás tratados acerca del budhismo.

En realidad, no es en el judaísmo con su *παντα καλαϊαν*, sino en el brahmanismo y el budhismo donde hallamos el espíritu y la tendencia moral semejantes y de la misma familia que los del cristianismo. Y en una religión, el espíritu y la tendencia son lo principal, no los mitos de que se revisten. Por eso no renunció á creer que llegara á descubrirse que el origen del cristianismo está en aquellas antiguas religiones. Algunos indicios he apuntado en el segundo volumen de *Parerga*, § 379. Añadiré ahora que Epifanio (*Hæretic*, XVIII) refiere que los primeros judeo cristianos de Jerusalén, llamados Nazarenos, se abstendían de toda alimentación animal. Por virtud de este origen, ó por lo menos de esta concordancia, el cristianismo pertenece á aquella creencia antigua, venerable y elevada de la humanidad, que contrasta con el optimismo falso, vulgar y corruptor, representado por el paganismo heleno, el judaísmo y el islamismo.

La religión zenda se mantiene en un lugar intermedio, por decirlo así, pues opone á Ormuz el contrapeso pesimista de Ahrimán. El judaísmo nació de ella, como lo ha demostrado J. G. Rhode en su libro *La Tradición sagrada del pueblo zendo*. Ormuz se convirtió en Jehovah, y Ahrimán en Satán, pero éste no desempeña en el judaísmo más que un papel muy secundario, de manera que el optimismo adquiere toda la prepon-

derancia y no queda otro elemento pesimista que el pecado original, tomado igualmente del Zend Avesta (de la fábula de Mechián y Mechiana); pero este mismo episodio cae en el olvido, hasta el día que el cristianismo se apodera de él, al mismo tiempo que de Satanás. Sin embargo, el mismo Ormuz desciende de una figura secundaria del brahmanismo; es Indra, divinidad secundaria que rivalizaba frecuentemente con los humanos y presidía el firmamento y la atmósfera; este origen lo explica bien Schmidt en su excelente obra *Del parentesco de las doctrinas gnóstico-teosóficas con las religiones del Oriente*. Este Indra-Ormuz-Jehovah pasó en seguida al cristianismo cuando éste nació en Judea, pero de acuerdo con el carácter cosmopolita de la nueva religión se despojó de sus nombres propios para adoptar aquel que, en la lengua de cada nación convertida, designaba al ser sobrehumano, á quien venía á destronar, como el de Zeus, Deus, derivado del sanscrito Deva (de donde se deriva también diablo), y entre los godos de Germania el de God, Gott, derivado de Odino ó Wodan, Guodan, Godaw. En el Islam, salido igualmente del judaísmo, tomó el nombre de Allah, que existía ya en la Arabia. Por un procedimiento análogo, los dioses del Olimpo, cuando en los tiempos prehistóricos fueron transportados á Italia, adoptaron los nombres de los que habían reinado antes que ellos: Zeus se convirtió en Júpiter entre los romanos, Hera en Juno, Hérmes en Mercurio, etcétera. En China, el primer obstáculo con que han tropezado los misioneros, ha sido que la lengua china no tiene un nombre de esta clase, ni un vocablo que expresa la idea de crear (1), lo cual depende de que

(1) Véase *De la Voluntad en la Naturaleza*, 2.ª edición, página 124.

las tres religiones de la China no admiten dioses ni en singular ni en plural.

Sea como quiera, el *παντα καταλιαν* del Antiguo Testamento es positivamente ajeno al verdadero cristianismo, pues el Nuevo Testamento habla siempre del mundo como de una cosa á la cual no se debe pertenecer, que no se debe amar y donde reina el diablo (1). Esto concuerda con el espíritu ascético, de abnegación y de renuncia del mundo, que junto con el amor al prójimo y hasta al enemigo, forma el vínculo que enlaza al cristianismo con el budhismo y el brahmanismo, atestiguando el parentesco que los une. En parte alguna hay que distinguir tanto la esencia de la corteza como en la doctrina cristiana. Por lo mismo que estimo tanto su esencia, suelo tratar á la cáscara con tan poco respeto, pero esa cáscara es más espesa de lo que se cree generalmente.

El protestantismo al rechazar el ascetismo, y su punto principal, la eficacia del celibato, ha descartado la esencia del cristianismo, y en este sentido no conserva más que su corteza. Esto se está viendo en el día, pues gradualmente ha llegado á no ser más

(1) San Juan, XII, 25 y 31; XIV, 30; XV, 15, 19; XVI, 33 — Coloss., II, 20.—Efes., I, 3.—1.ª de San Juan, II, 15, 17, y IV, 4, 5.—Puede verse, con ocasión de esto, cómo algunos teólogos protestantes, en sus esfuerzos para interpretar falsamente el texto del Nuevo Testamento y acomodarle á sus ideas racionalistas, optimistas y superlativamente vulgares del mundo, llegan hasta á falsificar directamente el texto en sus traducciones. H. A. Scholtz, en su nueva versión, añadida al texto de Griesbach (1805), ha traducido la palabra *κοσμος* (San Juan, XV, 18 y 19) por *Judaei*; en otro pasaje (1.ª de San Juan, IV, 4) por *profani homines*, y en Coloss., II, 20, la frase *στοιχεια του κοσμου* por *elementa judaica*. Lutero siempre tradujo leal y fielmente la palabra *κοσμος* por mundo.

que un racionalismo vulgar, un pelagianismo moderno, cuya última palabra consiste en enseñar que existe un tierno Padre que ha creado el mundo para que todo acaezca en él de un modo encantador (en lo cual parece haberse equivocado), y que á condición de plegarnos á su voluntad en ciertos puntos, no dejará de prepararnos para un porvenir, todavía más encantador (cuyo único defecto consiste en tener una entrada tan desagradable). Esta puede ser una excelente religión para los pastores protestantes, hombres acomodados, casados y de luces; pero no es el cristianismo. El dogma cristiano enseña que los hombres son una raza culpable por el mero hecho de existir, y cuyo corazón debe suspirar por redimirse de la existencia, liberación que sólo puede ser conquistada á costa de los más duros sacrificios y de la renuncia de sí mismo, ó sea por una conversión total de la naturaleza humana.

Lutero pudo tener perfectamente razón desde el punto de vista práctico, es decir, en lo concerniente á los horrores de que quería purgar á la Iglesia, pero no la tenía desde el punto de vista teórico. Cuanto más elevada es una doctrina, más se presta á los abusos propios de la naturaleza humana, inclinada siempre á tendencias bajas y malas; por eso dentro del catolicismo los abusos son más numerosos y mayores que dentro del protestantismo. El monaquismo, por ejemplo, que representa la negación del querer, practicada metódicamente y en común para animarse mutuamente, es una institución de las más elevadas; pero que, por eso mismo, ha sido con frecuencia infiel á su espíritu. Los escandalosos abusos de la Iglesia indignaron profundamente el corazón honrado de Lutero, pero su indignación le impulsó á cercenar todo lo po-

sible el cristianismo; primero le limitó al texto de la Biblia, y después, llevando demasiado lejos el celo de sus buenas intenciones, le hirió en el corazón suprimiendo el principio ascético. En cuanto éste quedó descartado, vino á sustituirle el optimismo.

Pero en religión, como en filosofía, el optimismo es un error fundamental que cierra la puerta á la verdad. En resumen, el catolicismo es, á mi parecer, un cristianismo del que se ha abusado aborreciblemente, pero el protestantismo es un cristianismo degenerado. El cristianismo, en general, ha padecido la suerte reservada á toda cosa noble, elevada y grande que tiene que subsistir entre los hombres.

Sin embargo, hasta en el seno del protestantismo, el espíritu de ascetismo y abstinencia esencial al cristianismo, ha logrado introducirse y ha dado origen á un fenómeno tal, como no se había producido hasta ahora, por lo importante y significativo. Me refiero á la notable secta de los *shakers* fundada en la América del Norte, en 1774, por una inglesa llamada Ana Lee. Estos sectarios llegan ya á seiscientos, que divididos en quince agrupaciones, ocupan varios pueblos de los Estados de Nueva York y Kentucky, principalmente en el distrito de New Libanon, cerca de Nassau. La regla religiosa fundamental que dirige su vida, es el celibato y la abstinencia absoluta de placeres carnales. Según confesión unánime de los ingleses y americanos que les han visitado y que, por lo general, se burlan de ellos, esta regla es rigurosa y lealmente observada, aunque hombres y mujeres viven frecuentemente bajo el mismo techo, comen juntos y hasta bailan juntos en la iglesia durante el Oficio divino, pues el que ha hecho el más difícil de los sacrificios, tiene el derecho de danzar delante del Señor; es un victorioso; ha triun-